



“El Enano de la Venta, Antonio Medina“. Firma borrosa. (Foto Leal.)





“Pedro Romero”. Autor anónimo. (Foto Leal.)



Francisco Arjona Guillén "Cúchares".
Autor anónimo. (Foto Leal.)

tema y hacerlo eje de nuestro sentir, pero sí debemos aportar todo nuestro esfuerzo para que tan bello gesto no quede malogrado.

Los Museos, como las nobles ideas, transcurren por la cuerda floja y difícil del equilibrio y de la serenidad. Bordean el recuerdo triste y polvoriento o pueden caer en la profunda sima del olvido. Cuidado: el Museo Taurino no se encuentra en esta disyuntiva; al contrario; pero no por ello debemos quedarnos dormidos sobre los laureles; muy al contrario, como a toda emoción noble, debemos darle alientos, vigorizarla, responsabilizarla y nunca estar contentos de nuestra obra.

Hay otros Museos casi más importantes. Museos que nos hablan de las glorias de la Patria o del esfuerzo humano en otros campos de la cultura; pero me atrevo a afirmar que no existe otro Museo tan íntimo, tan nuestro como el Museo Taurino. Porque está ligado a la historia pequeñita y diaria de nuestro vivir, al anhelo de sentirnos saludados, como los héroes antiguos, por una nevada de pañuelos en una tarde crudamente azul y brillante de sol.

Esto puede ser que alguno sólo lo considere literatura y al mismo tiempo sonría con aire de suficiencia, pero no sólo de hechos concretos debe vivir el hombre, ya que las ideas más disparatadas pueden ser las que más concretamente realicemos.

Esto es, como si dijéramos, el espíritu inicial del Museo Taurino. A esa necesidad casi telúrica ha venido a llenar. Ahora bien, el documento vivo de la fiesta está plasmado de manera magistral. Porque los retratos de los toreros, hombres de carne y hueso del pueblo español, nos esperan en la quietud rígida de la tela de los cuadros. Hay, cómo no, el tópico tremendo de la vida española: la alegría y la sangre. El oro de los trajes y el rojo flamear de las muletas. Hay como un misterioso revuelo de rotundos pasodobles, de tardes de fiesta, con la secuela bárbara del cansancio que la Fiesta impone en sí. Y presidiendo esta historia pequeñita de nuestro pasado, el doliente busto de Manolete —la flor de la torería—, su último traje chorreado de sangre joven y fresca, con la nota patética de haber sido la madre quien lo regaló a Su Excelencia el Jefe del Estado, como un ex voto del alma española. Con qué temblor primigenio de dolor la

madre habrá pasado los trémulos dedos por las manchas costrosas de sangre; es como si así quisiera abrazar —¡ay!— el dolorido sentir de su vida. Como si quisiera apretar el vacío inmenso de la nada en el dolorido corazón. La Muerte y la Vida, unidas en estrecho maridaje. De eso los españoles sabemos mucho, porque nuestra vida social se ha canalizado por esos estrechos y justos cauces. No hemos sabido o no hemos querido hacer otra cosa más que bailar la zarabanda inmortal sobre la pandereta inmensa de nuestra Península, decantada bajo el cielo azul y el sol esplendente de la geografía española.

¿Y qué podemos decir sobre ese cuadro de «El Enano de la Venta, Antonio Medina». Un garabato burlesco con una noble cabeza de ojos grandes, aterciopelados, con una navaja cabriterera a los pies, medio abierta como una ancha sonrisa, con un rotundo puro en las manos gordezuelas, mientras la mirada descansa sobre no sabemos qué paisajes cuajados de toros o de majezas toreras.

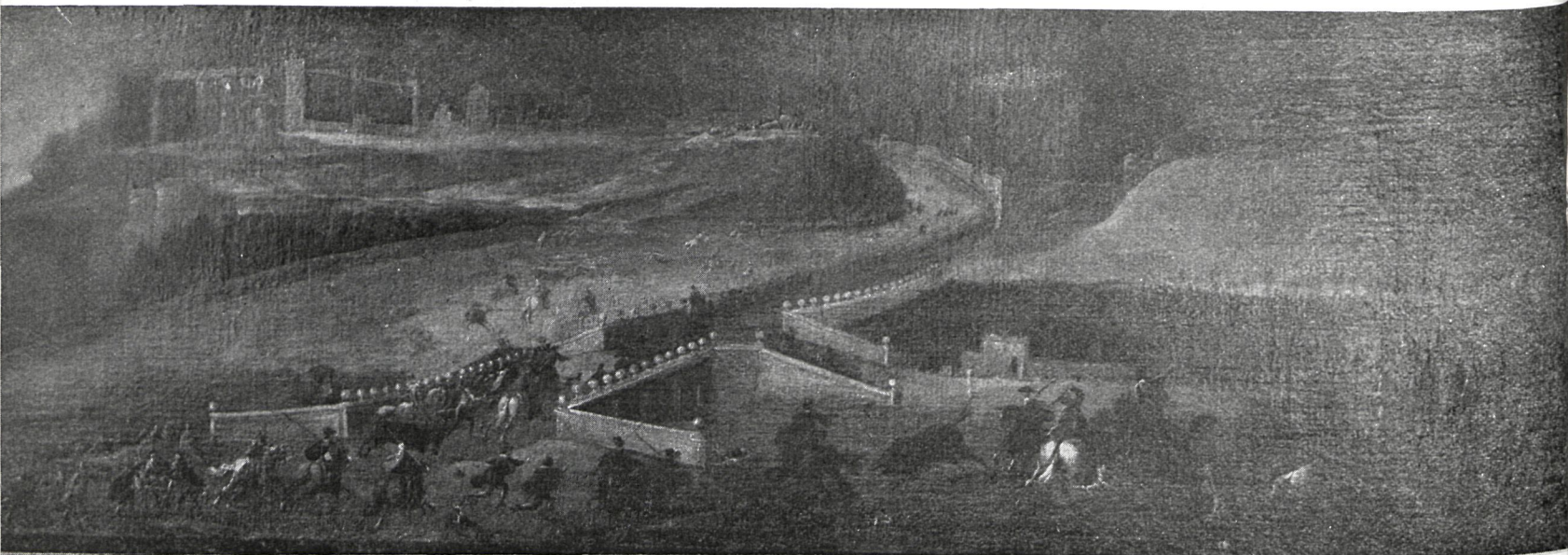
Y la escultura de «Lagartijo», debida a Julio Antonio, fino como un junco marismeño, la capa caída al desgaire, tapando la prieta cadera de bailarín de la Muerte y de la Vida, con una cabeza de toro agonizante a los pies, como si así quisiera plasmar el triunfo del hombre sobre la bestia negra de la Muerte sin sentido.

Luego, la figurilla de Vicente Pastor, de Sebastián Miranda, en un gesto confiado, enseñando el noble pecho de las ideas humanas a la torva muerte de las cosas con un gesto socarrón y muy humano, como si nos quisiera decir a los no iniciados: ¿Veis? Esto es muy fácil. Morir no es nada. Lo importante es saber sonreír.

O el retrato de Joselito, firmado por Benedito. Aquel gran señor de los toros y de la vida. Con los ojos grandes abiertos a la juventud y al triunfo, y la boca firme, carnosa, bien dibujada, con algo de estatua griega, y la blanca camisa con la chorrera del encaje como un delicado trémolo de bandería taurina. Es como una silenciosa lección de generosidad y señorío. Y los antiguos retratos, ya patinados de tiempo y recuerdos. Con nombres que a nosotros nos cantan en la cabeza con sonsonete de romance moro. «Cúchares», de ojos gachones y desconfiados, soca-



**"Figurilla en bronce de Vicente Pastor",
por Sebastián Miranda. (Foto Leal.)**



‘Encierro antiguo por la Puente Segoviana’. Atribuido a Juan Bautista Marzo. (Foto Leal.)

rrones y de boca fina y delgada, guardadora de miedos y secretos. «Pedro Romero», el de los cantares, ya no el de los toros —así es de mudable la gloria inconstante del fervor popular—, con las grandes patillas de boca de hacha enmarcando un rostro añinado, como si nos pidiera perdón por haber alcanzado el honor de estar en las bocas infantiles y en las gargantas duras y secas de la gitanería popular. En general, todos los retratos tienen en las pupilas una imagen de un toro agónico y nervioso bramando al aire caliente de la fiesta española; fueron como oficiantes de un noble rito antiguo que se remonta a la época oscura de los tiempos. Y no sólo son retratos de antiguas glorias, sino todos los elementos bien conjuntados de la fiesta. Grupos escultóricos: el famoso de Benlliure, «El Encierro», la masa negra de los toros, apretujados, nerviosos, apretados de carne, fieros de cornamenta, miedosos de puro valor, y la estampa airosa del garrochista, que los contempla con el caballo vibrante de empuje y coraje, y la garrocha enarbolada como una lanza de guerra. O aquel otro

de un «Encierro por la Puente Segoviana», con un claro oscuro de tabla antigua, con algo de medieval y misterioso en su composición, con figuras que corren desoladas por la sequedad tétrica del paisaje, tratando de encerrar el alma de la Fiesta por una puente sobre el río.

Caireles, divisas, estoques, programas estampados en rica seda antigua. Colores, movimiento, vida rotunda y jocosa. El Museo no tiene la quietud de las cosas pasadas, sino la esperanza del futuro. A ello acompaña una espléndida instalación hecha con arte y talento. Emplazada en el único sitio posible: en el patio de los caballos de la Plaza de Toros de Madrid. Ahí no es nada: a dos pasos de los tranvías «Fiat» y de una boca del «Metro».

Es un Museo vivo, que pide constantemente la aportación diaria de los enamorados de la Fiesta. Es como un antiguo relicario que una hermosa mujer se hubiera decidido a prender sobre el pecho en una tarde de sol y vibrante de deseos.

ROBERTO MERELO BURELL

AUNQUE nos parezca impropio, son pocos los madrileños que conocen esta Congregación de caridad, establecida en el año 1611, Siglo de Oro, que nos dejó una estela luminosísima de santos, de sabios y de poetas. A pocos pasos de la Puerta del Sol, en una arteria por donde fluye ingente tráfico humano de los barrios de mayor densidad: Lavapiés, Tirso de Molina, Cascorro y Antón Martín; allí, en un ángulo o rinconada de la calle del Doctor Cortezo, junto al cine Ideal, se levanta una pequeña capilla de sencillo barroco estilo y pobrísima verja. Una gradería de cinco o seis peldaños da acceso al templo filial del desaparecido y antiguo Convento de Trinitarios, al cual perteneció durante muchos años el beato Simón de Rojas, creador de dicha Regia Congregación. A la derecha de la escalinata, una puertecilla con cepillo limosnero y la salutación del Ave María da entrada a un humilde comedor, con dos largas mesas de mármol, donde diariamente se da de comer a cuarenta pobres, servidos por los congregantes de ambos sexos, al propio tiempo que desgranán fervorosamente cada uno de éstos la salutación angélica del Ave María, y es contestado por unos y otros con las palabras del Angel: Gracia Plena. Esta estancia, presidida por la Virgen y por el Beato Fundador, ciertamente que lleva el sello de la pobreza por su antigüedad y desnudez exornativa; pero también el de grandeza, porque en su ámbito se ejerce la caridad, que es la más grande de las virtudes. «Deus est carita»: Dios es amor. El ambiente cristiano que allí se respira es suave, deleitoso, que nos llena el alma de inefable dulzura, y se nos antoja estar viviendo en el siglo de los Felipes, de los Lermas, de los Espínolas, de los Condes-Duque de Olivares, en el cual comienza la declinación del Imperio de Carlos V.

Antes de la venida de la masónica República del 31, se daban 72 comidas; el mismo número que años



EL AVE MARIA

ANTIGUA FUNDACION SOCIAL MADRILEÑA

vivió la Virgen, según el tierno anhelo del Fundador; mas al estallar el Movimiento Nacional Liberador, las hordas rojas penetraron en el comedor en ocasión que se estaba dando la comida, siendo violentamente arrojados los congregantes y encarcelados algunos de ellos, por el gran delito de... ¡dar de comer al hambriento! Pero no fué sólo esto: los forajidos se apoderaron de los fondos y de cuanto constituía algún valor; profanaron el tabernáculo, los vasos y ornamentos sagrados; convirtieron en cenizas los retablos y una rica y antigua talla de la Virgen, que tuvo en el Real Convento de la Encarnación, de Madrid, Sor Margarita de la Cruz, hija del Emperador Maximiliano y sobrina de Felipe II, y el sadismo de la fiera humana llegó hasta arrancar la firma del fundador en cuantos documentos figuraba.

Abatida ya la zona roja, liberado Madrid con la